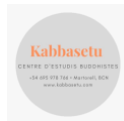
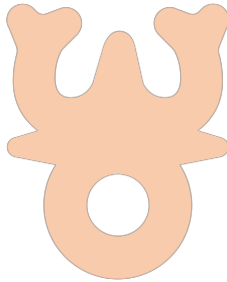


RATANASUTTA

Discurso de las Tres Joyas

(Sn II.1, 224–241; Khp 6)

Traducción directa del texto pali
por Aleix Ruiz Falqués



2020

HISTORIA INTRODUCTORIA
DEL COMENTARIO
PARAMATTHAJOTIKĀ (“LÁMPARA DEL SENTIDO SUPREMO”)

TODOS AQUELLOS SERES..., así empieza el Discurso sobre las joyas. ¿Cuál es su origen? Se dice que, en tiempos pasados, la ciudad de Vesālī sufrió una serie de calamidades que empezaron con una hambruna. Para poner fin a tales calamidades los *licchavis* fueron a Rājagaha, hicieron una petición formal y trajeron al Bienaventurado a Vesālī. De esta forma, cuando el Bienaventurado llegó a la ciudad, pronunció el Discurso de las Tres Joyas, para poner fin a las desgracias.

Hasta aquí la versión breve de la historia. Los antiguos, sin embargo, explican el origen de este *sutta* partiendo de la historia de la ciudad de Vesālī. Esta versión antigua es la siguiente:

Se dice que la reina principal del rey de Bārāṇasī quedó embarazada, y cuando se dio cuenta de ello, informó al rey. El rey dispuso todo lo necesario para cuidar de su esposa durante el embarazo. La gestación de la reina transcurrió sin problemas hasta la formación completa del feto. Cuando se cumplió el tiempo de gestación, la reina entró en la casa de parto. En general, las mujeres que han hecho buenas acciones en el pasado dan a luz por la mañana. La reina, sin embargo, no era como ellas, y por la mañana dio a luz a un pedazo de carne parecido a una flor del mediodía recubierta de laca roja. Entonces pensó: “Voy a ser objeto de reproche delante del rey, pues algunos le dirán que otras reinas tienen hijos parecidos a estatuillas rebañadas en oro, mientras que su reina principal ha dado a luz a un pedazo de carne.” Por miedo a tales críticas

metió el trozo de carne en un cuenco, llamó a unos sirvientes reales y cerró con sello real el recipiente. Después mandó lanzar aquel recipiente a la corriente del río Ganges. Al punto que los siervos humanos hubieron lanzado el cuenco al río, las divinidades acudieron a protegerlo. En una banda de oro, las divinidades hicieron una inscripción en vermellón que rezaba: “Descendiente de la reina principal del rey de Bārāṇasī.” Después ataron la banda de oro al cuenco. El cuenco, protegido de las olas y demas peligros del Ganges, fue arrastrado por la corriente.

Justo por aquel entonces había un asceta que moraba en la orilla del Ganges, cerca de una familia de pastores de vacas. Aquel asceta fue al Ganges por la mañana y vio el cuenco arrastrado por la corriente. Lo recogió pensando que se trataba de un trozo de ropa vieja.¹ Entonces vio en el cuenco aquella banda con la inscripción, y se dio cuenta también de que llevaba un sello real. Desató la banda, arrancó el sello, y descubrió el trozo de carne. Al verlo, pensó: “Quizá se trate de un feto, ya que no desprende hedor.” Así pues se lo llevó a su santuario y lo dejó en un lugar puro.

Al cabo de quince días, había dos pedazos de carne. Cuando el asceta se dio cuenta de ello, procuró todavía más cuidados a los fetos, y al cabo de medio mes, cada uno de los trozos de carne desarrolló cinco protuberancias que anunciaban ya las piernas, los brazos y la cabeza de sendos corpúsculos.

Pasaron quince días más y uno de los trozos de carne se había convertido en un bebé niño, parecido a una estatuilla rebañada en oro, mientras que el otro trozo era una bebé niña. El asceta se encariñó inmediatamente de ellos, y debido a su amor por los niños le empezó a salir leche del dedo pulgar. Con

¹ Los ascetas indios, incluyendo los monjes budhistas, tienen por regla vestirse con trozos de ropas desechadas por otra gente.

aquella leche tuvo desde entonces su ración diaria de alimento. Habiendo él tomado su porción de leche, rociaba el resto en la boca de los bebés. Cuando los bebés tomaban aquella leche, [su piel transparentaba y] parecía como si su vientre fuera un cuenco hecho de perla. Es por ello que se dice que los bebés no tenían piel² (*nicchavi*). Otros, en cambio, afirman: “Puesto que fueron colocados juntos, como si estuvieran cosidos, la piel (*chavi*) de uno estaba pegada (*līna*) a la del otro. Es por esto que fueron conocidos como *licchāvi*, sea porque no tenían piel (*nicchavi*) o bien porque tenían la piel unida (*līna + chavi*).

Como por la mañana tenía que cuidar a los niños, el asceta entraba al pueblo para pedir limosnas bien entrada la mañana, y volvía a su santuario con su colecta pasado el mediodía.³ Al conocer la situación de aquel asceta, los pastores le dijeron: “Venerable, el cuidar niños es un obstáculo para los renunciados, denos a los niños, nosotros cuidaremos de ellos, usted dedíquese a lo suyo.” “Muy bien,” respondió el asceta.

Los pastores, al día siguiente, allanaron el camino y lo cubrieron de flores, levantaron banderas y llegaron al santuario acompañados de música de orquesta. El asceta les entregó a los niños, y les dijo: “Estos niños tienen un gran mérito acumulado de vidas anteriores, cuidad de ellos con diligencia, y cuando hayan crecido, casadlos entre sí. Luego tenéis que complacer al rey con los cinco tipos de productos lácteos, y obtendréis un pedazo de tierra. En este terreno que se os dará, tenéis que construir una ciudad, de la cual haréis rey al chico.” “Muy bien” respondieron aquellos. Se llevaron a los niños y cuidaron de ellos.

Los niños iban creciendo, y cuando jugaban con los demás niños de los pastores, discutían con ellos, les daban patadas y puñetazos y los hacían llorar. “¿Por qué lloráis?” les

² Es decir, no tenían pigmento, eran pálidos.

³ Los ascetas deben tomar la comida que han recolectado antes del mediodía, pero este asceta estaba tan atareado que no le daba tiempo.

preguntaban sus madres y padres, “Estos huérfanos de madre y padre, amamantados por el asceta, nos dan unas palizas tremendas” respondían los niños. Entonces madres y padres dijeron: “Estos niños agreden y atormentan a otros niños, no se los debe tratar, deben ser evitados (*vajjetabbā*).” Desde entonces se dice que aquel lugar, en una extensión de cien *yojanas*⁴, se llama *vajji*.

Llegó el día en que los pastores recibieron el terreno como recompensa por haber complacido al rey. Allí mismo edificaron una ciudad y ungieron rey al niño cuando cumplió los dieciséis años. Casaron a la chica con él y decretaron lo siguiente: “No deben traerse chicas de otros lugares para casarse, y las chicas de este lugar no deben ser dadas en matrimonio a nadie de fuera.”⁵

Con la primera unión conyugal de aquellos dos, nacieron dos pequeños: un niño y una niña, y del mismo modo lo hicieron hasta tener dieciséis parejas de niño y niña. Cuando aquellas parejas de niños crecieron, se les iban concediendo parques, jardines, lugares para construir palacios, tanto para ellos como para su séquito, pero como llegara un momento en el que no había ya suficiente espacio, ensañcharon hasta tres veces el perímetro de la muralla, cada vez extendiéndola un *gāvuta*.⁶ Y como aquella ciudad fue extendida (*visālī-kata*) repetidas veces, se le puso el nombre de Vesālī. Hasta aquí la historia del origen de Vesālī.

Ahora bien, por lo que refiere a Vesālī, cuando apareció el Bienaventurado en este mundo, aquella era una ciudad rica y opulenta. Había allí, en efecto, siete mil,

⁴ 1 *yojana*, lit. distancia que un carro de bueyes puede recorrer sin cambiar de yunta (*yoga*), equivale aproximadamente a 10 km.

⁵ Supuesto origen de la costumbre matriarcal de los vajjis, por el que los niños solían llevar el nombre de su madre. Se entiende que los hombres locales sí podían casarse fuera de Vesālī, y forasteros podían contraer matrimonio con mujeres locales.

⁶ 1 *gāvuta*, lit. distancia que alcanza el sonido del mugido de una vaca, equivale a 1/4 de *yojana*, es decir unos 2 o 3 km., véase nota 4.

setecientos, y siete, respectivamente, para guerreros, y en igual número para sus príncipes, generales, tesoreros, y demás oficiales.⁷ Pues así se dice:

“En aquellos tiempos Vesālī era rica y opulenta, con una densa y abundante población, bien provista, con siete mil palacios (*pāsāda*), con setecientos palacios, con siete palacios; con siete mil pavellones (*kūṭāgara*), con setecientos pavellones, con siete pavellones; con siete mil parques, con setecientos parques, con siete parques; con siete mil lagos de lotos, con setecientos lagos de lotos, con siete lagos de lotos.”⁸

Pero llegó un tiempo en el que la ciudad se quedó sin provisiones de comida, se quedó sin lluvia, sin cosechas. Primero murió la gente más desfavorecida, y los cadáveres eran echados fuera de la ciudad. El hedor de los cadáveres atrajo a seres no-humanos. A causa de ello empezó a morir más gente. Fruto de aquella calamidad se extendió entre la gente una enfermedad conocida como “el viento de la serpiente”. Afectada la ciudad por tres desgracias a la vez, a saber, falta de comida, presencia de seres no-humanos, y peste, los ciudadanos de Vesālī se dirigieron a su rey: “Majestad, en esta ciudad ha aparecido una triple desgracia, que no se recuerda desde hace siete generaciones en vuestra dinastía. Es posible que estas desgracias tengan origen en alguna negligencia que Vos hayáis cometido con respecto al Dhamma.”

El rey convocó a todos sus asesores en la sala de asambleas: “Investigad si he cometido alguna infracción contra el Dhamma.” Aquellos examinaron el linaje del rey y no encontraron nada grave.⁹

⁷ Esta frase sólo cobra sentido con la cita que viene a continuación.

⁸ Cf. *Vinaya Mahāvagga* B^o § 326.

⁹ Se supone que el rey debe seguir la tradición de su linaje.

Al ver que no había ninguna falta en el rey, se preguntaron: “¿Cómo pondremos fin a tamaña calamidad?”

En aquella coyuntura algunos propusieron llamar a los seis maestros:¹⁰ “Al punto que estos lleguen a la ciudad, cesará la calamidad.”

Otros dijeron: “Se dice que ha aparecido un Buddha en el mundo, y aquel Bienaventurado enseña el Dhamma por el bienestar de todos los seres. Su poder y su gloria son inmensos. Al punto que él llegue a la ciudad todos los peligros terminarán.” Con estas palabras los allí presentes se alegraron y preguntaron: “¿Dónde reside ahora mismo el Bienaventurado? ¿Acaso estaría dispuesto a venir aquí si lo invitáramos?” Entonces otros dijeron: “Precisamente los buddhas son personas compasivas, ¿por qué no tendrían que venir? El Bienaventurado ahora reside en Rājagaha y el rey Bimbisāra le da sustento. El problema es que quizás el rey no le va a conceder permiso para venir aquí.” “Entonces pidamos permiso al rey y hagamos que envíe al Buddha.”

Dicho esto, enviaron a la presencia del rey a dos guerreros licchavis con una numerosa guardia armada, cargados de abundantes regalos: “Convenced a Bimbisāra que os deje traer al Bienaventurado,” les ordenaron.

Aquellos fueron allí, dieron los regalos e informaron al rey: “Majestad, envía al Bienaventurado a nuestra ciudad.” El rey no lo aceptó, sino que les respondió: “Id a preguntárselo vosotros mismos.”

Los emisarios fueron entonces a donde se encontraba el Bienaventurado, le saludaron respetuosamente y le dijeron: “Venerable señor, tres calamidades acucian a nuestra ciudad. Si el Bienaventurado nos hiciera el honor de venir, recobraríamos nuestra antigua prosperidad.”

¹⁰ Los famosos seis maestros que aparecen en el Tipiṭaka y más textos, defendiendo teorías opuestas a las del Buddha. Éstos son: Makhali Gosāla, Nigantha Nātaputta, Sañjaya Belatthaputta, Kakudha Kaccāyana, Ajita Kesakambali, y Pūrāṇa Kassapa.

El Bienaventurado, después de considerarlo, aceptó, pues reflexionó de la siguiente manera: “Si se recita el *Discurso de las Tres Joyas (Ratanasutta)* en Vesālī, tal protección se extenderá a cien mil millones de mundos y, al terminar la recitación del *sutta*, ochenta y cuatro mil seres sintientes alcanzaran la comprensión del Dhamma.”

Entonces el rey Bimbisāra, habiendo oído que el Bienaventurado había aceptado la invitación, lo hizo anunciar por toda la ciudad. El propio rey fue a visitar al Bienaventurado y le dijo: “¿Es verdad, venerable, que habéis aceptado visitar Vesālī?” “Sí, majestad.” “Si es así, venerable, esperad a que prepare el camino.”

Entonces el rey Bimbisāra allanó el terreno de cinco *yojanas* entre Rājagaha y el río Ganges, y a cada *yojana* hizo construir un monasterio, hecho lo cual anunció al Bienaventurado que había llegado el momento de partir. El Bienaventurado, acompañado de quinientos bhikkhus, partió.

El rey hizo cubrir los cinco *yojanas* de camino con flores de cinco colores—la alfombra de flores llegaba hasta la rodilla—e hizo plantar banderas y estandartes, disponer jarros llenos de agua fresca, cubiertos por hojas de banano gigante que ofrecían una sombra refrescante, y preparó otras amenidades. También mandó sostener por encima del Bienaventurado dos parasoles blancos, sujetos cada uno por un bhikkhu. El propio rey, con su séquito hizo honores con flores, perfumes, y demás ofrendas. Mandó que el Bienaventurado reposara en cada uno de los monasterios. Ofreció grandes donativos y al cabo de cinco días lo llevó a la orilla del Ganges. Allí decoró una nave con todo tipo de ornamentos e informó a los habitantes de Vesālī: “El Bienaventurado ha llegado, preparad el camino y haced todos los honores de bienvenida al Bienaventurado.” “Haremos honores dos veces mayores que los vuestros,” respondieron, orgullosos, los habitantes de Vesālī, y allanaron el terreno de

tres *yojanas* entre el Ganges y Vesālī,¹¹ prepararon cuatro parasoles blancos para el Bienaventurado, sostenidos por dos bhikkhus, cada uno de ellos llevando dos, y haciendo honores al Bienaventurado llegaron a la orilla del Ganges, donde lo esperaron.

El rey Bimbisāra, uniendo dos naves, construyó un pavellón flotante, lo decoró con guirnaldas de flores y demás ornamentos, y en él preparó un asiento para el Buddha hecho de todo tipo de joyas. El Bienaventurado se sentó allí. Por su parte los quinientos bhikkhus se embarcaron también en la nave y tomaron sus respectivos asientos. El rey siguió al Bienaventurado cruzando a pie el río, con el agua llegándole al cuello. “Hasta que el Bienaventurado no vuelva, voy a residir aquí, en la orilla del Ganges”, dijo el rey, y regresó a su orilla.

Las divinidades celestiales, hasta las mansiones de los dioses *akaniṭṭha*,¹² hicieron honores al Bienaventurado, y las divinidades terrestres, a saber, los dioses que habitan Ganges, como las comunidades de *nāgas* llamadas Kambalas, Assataras, y demás, hicieron también honores al Bienaventurado. De esta forma el Bienaventurado cruzó el *yojana* de ancho del Ganges recibiendo grandes honores y pasó la frontera de Vesālī. Acto seguido los guerreros licchavis, haciendo un honor dos veces mayor que el del rey Bimbisāra, fueron a recibir al Bienaventurado dentro del río, con el agua llegándole al cuello.¹³

En aquel momento, en aquel instante, se levantó en los cuatro puntos cardinales una gran nube de tormenta, preñada de rayos, alzándose hasta la tiniebla, con feroces

¹¹ Vesālī está a la orilla opuesta. El Ganges hace de frontera natural entre el reino de Magadha y la confederación de los vājjis.

¹² Una clase de dioses entre las más excelsas. Literalmente *a-kaniṭṭha* significa “no inferior”.

¹³ Se entiende que vienen a recibir los barcos antes de que atraquen. El lecho del Ganges en su curso por Pāṭaliputra (la actual ciudad de Patna en Bihar) es ancho, pero no muy profundo.

truenos. Entonces, tan pronto como el Bienaventurado puso el pie en la otra orilla del Ganges, cayó una lluvia llamada *pokkhara*, es decir, la lluvia-loto, en la que aquellos que querían mojarse se mojaron, y los que no querían mojarse no se mojaron. La corriente de agua subió a la altura del cuello, llevándose todo lo que estuviera a la altura de la rodilla, la pantorrilla o la cintura. Con el aguacero todos los cadáveres fueron barridos por el Ganges y el territorio quedó así purificado.

Los guerreros licchavis hicieron descansar al Bienaventurado en cada *yojana*, le ofrecieron abundantes dádivas, le rindieron honores dos veces mayores que Bimbisāra, y finalmente lo hicieron llegar a Vesālī. Cuando el Bienaventurado llegó a Vesālī, Sakka, el rey de los dioses, presidiendo la comunidad de los celestes, llegó también a la ciudad, y con la llegada de dioses de excelso poder, la mayoría de los seres no-humanos huyeron. El Bienaventurado se quedó a la puerta de la ciudad y dio las siguientes instrucciones al Thera Ānanda: “Aprende este *sutta* de las joyas, Ānanda, y después de recoger todos los enseres para la acción de ofrenda, recorre junto a los jóvenes licchavis el perímetro de las tres murallas, y haz así la protección.” Dicho esto, el Bienaventurado recitó el *Ratana-sutta*, el Discurso de las Tres Joyas.

*

ASÍ ES COMO LOS ANTIGUOS se remontan a los orígenes de la ciudad de Vesālī para responder en detalle a las siguientes preguntas: ¿Quién recitó este *sutta*? ¿Cuándo? ¿Dónde? ¿Por qué?

El mismo día en que el Bienaventurado llegó a Vesālī, enseñó este *sutta* a la puerta de la ciudad, con el fin de aplacar las tres calamidades. El Venerable Ānanda aprendió el *sutta* de

memoria y lo fue recitando por la ciudad mientras la rociaba con agua del cuenco del Bienaventurado.

Al punto que el Thera dijo *Cualquier riqueza de este mundo...*, todos aquellos seres no humanos que todavía no habían huído y se habían escondido en los montones de basura y en los recovecos de las murallas, salieron apresurados por las cuatro puertas, y estas puertas dejaron de ser un refugio para ellos. Después, como algunos de estos seres no tuvieran opción de pasar por las puertas, rebentaron la muralla y salieron de la ciudad. Al punto que estos seres no humanos se hubieron ido, la enfermedad abandonó los cuerpos de los ciudadanos enfermos, los cuales salieron de sus casas e hicieron honores al Thera Ānanda con perfumes, flores y demás signos de veneración. El pueblo unció con toda clase de perfumes la sala de asambleas que se encontraba en el medio de la ciudad. Allí tendieron alfombras, decoraron el lugar con todo tipo de ornamentos y prepararon un asiento de honor para el Buddha. Hecho esto condujeron allí al Bienaventurado.

El Bienaventurado entró en la sala de asambleas y tomó el asiento que tenía preparado. También la comunidad de bhikkhus, los guerreros y el resto de la gente tomaron sus respectivos asientos. Además, Sakka, el rey de los dioses, acompañado de una cohorte de celestes llegados de dos mundos divinos, tomó asiento en aquella asamblea, y otros dioses también lo hicieron.

Por su parte el Thera Ānanda había recorrido toda Vesālī, hizo la protección de la ciudad y llegó a la sala de asambleas acompañado de los ciudadanos de Vesālī que se habían recuperado de la enfermedad, y tomaron asiento.

Allí el Bienaventurado, delante de todos ellos, recitó este mismo *Ratanasutta*:

224. *yānīdha bhūtāni samāgatāni,
bhummāni vā yāni va antalikkhe;
sabbe va bhūtā sumanā bhavantu,
atho pi sakkacca suṇantu bhāsitaṃ.*

“Todos aquellos seres [no-humanos]
que se han congregado aquí,
tanto los terrestres como los celestiales,
que todos ellos alegren su corazón,
y presten buena atención a lo que voy a decir:

225. *tasmā hi bhūtā nisāmetha sabbe,
mettaṃ karotha mānusiya pajāya;
divā ca ratto ca haranti ye baliṃ,
tasmā hi ne rakkhatha appamattā.*

Por la siguiente razón, oh seres, debéis escucharme:
debéis tender vuestro amor benevolente a la estirpe humana,
a todos aquellos que de día o de noche os ofrecen dádivas.
Así pues debéis protegédlos con diligencia.

226. *yaṃ kiñci vittaṃ idha vā huraṃ vā,
saggesu vā yaṃ ratanaṃ paṇītaṃ;
na no samaṃ atthi tathāgatena.
idaṃ pi buddhe ratanaṃ paṇītaṃ.
etena saccena suvatthi hotu.*

Cualquier riqueza en este mundo o en el más allá,
o la más preciosa joya de los mundos celestiales,
no es para nosotros comparable al Tathāgata.
He aquí la preciosa joya del Buddha.
¡Que esta verdad os traiga bienaventuranza!

227. *khayaṃ virāgaṃ amataṃ paṇītaṃ,
yad ajjhagā sakyamunī samāhito;
na tena dhammena samatthi kiñci,
idaṃ pi dhamme ratanaṃ paṇītaṃ;
etena saccena suvatthi hotu.*

El Sabio Sakya alcanzó con su concentración
la sublime cesación, la calma, el néctar inmortal.
No hay nada comparable a aquel Dhamma.
He aquí también la preciosa joya del Dhamma.
¡Que esta verdad os traiga bienaventuranza!

228. *yaṃ buddhaseṭṭho parivaṇṇayī sucim,
samādhim ānantarik' aññam āhu;
samādhinā tena samo na vijjati,
idam pi dhamme ratanaṃ paṇītaṃ;
etena saccena suvatthi hotu.*

Aquella concentración dicen que es insuperable,
y el supremo Buddha la describió como *pureza*.
No hay otra concentración igual.
He aquí también la preciosa joya del Dhamma.
¡Que esta verdad os traiga bienaventuranza!

229. *ye puggalā aṭṭha sataṃ pasatthā,
cattāri etāni yugāni honti;
te dakkhiṇeyyā sugatassa sāvakā,
etesu dinnāni mahapphalāni;
idam pi saṅghe ratanaṃ paṇītaṃ,
etena saccena suvatthi hotu.*

Las ofrendas a las ocho personas elogiadas
por la gente honrada son de gran fruto.
Pues estos cuatro pares de personas,
discípulos del Afortunado, son dignos de dádiva.
He aquí también la preciosa joya del Sangha.
¡Que esta verdad os traiga bienaventuranza!

230. *ye suppayuttā manasā daḷhena,
nikkāmino gotamasāsanamhi;
te pattipattā amataṃ vigayha,
laddhā mudhā nibbutiṃ bhuñjamānā;
idam pi saṅghe ratanaṃ pañītaṃ,
etena saccena suvatthi hotu.*

Los que, aplicándose correctamente, con mente firme,
esforzándose en la enseñanza de Gotama,
la llevan a la práctica y entran en lo inmortal,
disfrutan directamente de la liberación lograda.
He aquí también la preciosa joya del Sangha.
¡Que esta verdad os traiga bienaventuranza!

231. *yathindakhīlo pathavissito siyā,
catubbhi vātehi asampakampiyo;
tathūpamaṃ sappurisaṃ vadāmi,
yo ariyasaccāni avecca passati;
idam pi saṅghe ratanaṃ pañītaṃ,
etena saccena suvatthi hotu.*

Así como el poste de Indra¹⁴ está clavado en la tierra,
y ninguno de los cuatro vientos lo puede sacudir,
de forma similar describo yo a la persona honrada
que asimila y contempla las nobles verdades.
He aquí también la preciosa joya del Sangha.
¡Que esta verdad os traiga bienaventuranza!

¹⁴ Poste gigante de madera clavado como un hito en la entrada de los pueblos y ciudades para demarcar su límite. Se dice que está hundido a gran profundidad.

232. *ye ariyasaccāni vibhāvayanti,
gambhīrapaññena sudesitāni;
kiñcāpi te honti bhusaṃ pamattā,
na te bhavaṃ aṭṭhamam ādiyanti;
idam pi saṅghe ratanaṃ pañītaṃ,
etena saccena suvatthi hotu.*

Quienes comprenden claramente las nobles verdades que fueron enseñadas por una sabiduría profunda, aun si cometen un exceso de negligencia, no alcanzarán una octava existencia. He aquí también la preciosa joya del Sangha. ¡Que esta verdad os traiga bienaventuranza!

233. *sahāvassa dassanasampadāya,
tay' assu dhammā jahitā bhavanti;
sakkāyadiṭṭhi vicikicchitañ ca,
sīlabbatam vā pi yad atthi kiñci.*

Al momento de lograr la visión, esta persona abandona tres cosas: la idea de sí mismo, la duda y cualquier apego a costumbres.

234. *catūhapāyehi ca vip̄pamutto,
chaccābhiṭṭhānāni abhabbo kātum;*¹⁵
*idam pi saṅghe ratanaṃ paṇītaṃ,
etena saccena suvatthi hotu.*

Incapaz de cometer ninguna de las seis acciones malignas,
queda también liberado de los cuatro estados de miseria.
He aquí también la preciosa joya del Sangha.
¡Que esta verdad os traiga bienaventuranza!

235. *kiñcā pi so kamma karoti pāpakaṃ,
kāyena vācā uda cetasā vā;
abhabba so tassa paṭicchadāya,
abhabbatā diṭṭhapadassa vuttā;
idam pi saṅghe ratanaṃ paṇītaṃ,
etena saccena suvatthi hotu.*

Puede que cometa una acción reprobable
de cuerpo, de palabra o de pensamiento,
pero aun así esta persona no lo esconde,
tal honestidad es propia de quien ha visto el Camino.
He aquí también la preciosa joya del Sangha.
¡Que esta verdad os traiga bienaventuranza!

¹⁵ [*cha cābhiṭṭhānāni* (sī. syā.)] B^c *bhabba kātum* [adoptamos *abhabbo kātum* (sī.)]. El comentario dice: *mātughātāpitughātāarahantaḡhātālohituppādasāṅghabheda-aññasatthāruddesakammāni veditabbāni* “estas seis acciones se deben entender como las siguientes: matricidio, parricidio, matar a un arahant, herir de sangre al Buddha, dividir el Sangha, traicionar al maestro.”

236. *vanappagumbe yatha phussitagge,
gimhānamāse paṭhamasmiṃ gimhe;
tathūpamaṃ dhammavaraṃ adesayi,
nibbānaḡāmiṃ paramaṃ hitāya;
idam pi buddhe ratanaṃ paṇītaṃ,
etena saccena suvatthi hotu.*

Como las copas de los árboles en un bosque que empiezan a florecer en el primer mes del verano, así es el excelente Dhamma que enseñó el Buddha, pues conduce al *nibbāna*, el bien más alto. He aquí también la preciosa joya del Buddha. ¡Que esta verdad os traiga bienaventuranza!

237. *varo varaññū varado varāharo,
anuttaro dhammavaraṃ adesayi;
idam pi buddhe ratanaṃ paṇītaṃ,
etena saccena suvatthi hotu.*

Él es excelente, conocedor y transmisor de lo excelente, y que adoptó él mismo lo excelente, enseñó el insuperable y excelente Dhamma. He aquí también la preciosa joya del Buddha. ¡Que esta verdad os traiga bienaventuranza!

238. *khīṇaṃ purāṇaṃ nava n' atthi sambhavaṃ,
virattacittāyatike bhavasmiṃ;
te khīṇabījā avirūḷhichandā,
nibbanti dhīrā yathāyaṃ padīpo;
idam pi saṅghe ratanaṃ pañītaṃ,
etena saccena suvatthi hotu.*

El pasado se ha extinguido y no hay nueva originación
para aquellos cuya mente no se inclina al devenir.

Para ellos está seca la semilla,
no hay intención de hacerla crecer.

Los sabios, así, se extinguen, como una lámpara de aceite.

He aquí también la preciosa joya del Sangha.

¡Que esta verdad os traiga bienaventuranza!”

239. [El dios Sakka responde al Buddha:]¹⁶

*yānīdha bhūtāni samāgatāni,
bhum māni vā yāni va antalikkhe;
tathāgataṃ devamanussapūjitaṃ,
buddhaṃ namassāma suvatthi hotu.*

“Todos aquellos seres [no-humanos]

que se han congregado,

ya sean celestiales o terrenales:

inclinémonos respetuosamente ante tal Buddha,

honrado por dioses y humanos.

¡Que haya bienaventuranza!

¹⁶ Según el comentario, que seguimos, las estrofas 239–241 son pronunciadas por el dios Sakka: *atha sakko devānamindo* ‘‘bhagavatā ratanattayaḡuṇaṃ nissāya saccavacaṇaṃ payuṅṅamānena nāgarassa sotthi katā, mayāpi nāgarassa sotthiṭṭhaṃ ratanattayaḡuṇaṃ nissāya kiṅci vattabba’’nti cintetvā avasāne gāthātayaṃ abhāsi ‘‘yānīdha bhūtāni’’ti.

240. *yānīdha bhūtāni samāgatāni,
bhummāni vā yāni va antalikkhe;
tathāgataṃ devamanussapūjitaṃ,
dhammaṃ namassāma suvatthi hotu.*

Todos aquellos seres [no-humanos]
que se han congregado,
ya sean celestiales o terrenales:
inclinémonos respetuosamente ante tal Dhamma,
honrado por dioses y humanos.
¡Que haya bienaventuranza!

241. *yānīdha bhūtāni samāgatāni,
bhummāni vā yāni va antalikkhe;
tathāgataṃ devamanussapūjitaṃ,
saṅghaṃ namassāma suvatthi hotū ti.*

Todos aquellos seres [no-humanos]
que se han congregado,
ya sean celestiales o terrenales:
inclinémonos respetuosamente ante tal Sangha,
honrado por dioses y humanos.
¡Que haya bienaventuranza!”

*

CUANDO SAKKA, EL REY DE LOS DIOSES, hubo pronunciado de esta forma las tres estrofas finales, hizo una salutación reverencial al Bienaventurado y partió con su cortejo divino. El Bienaventurado, por su parte, al día siguiente enseñó otra vez el mismo Discurso de las Tres Joyas, y de nuevo ocho mil

seres sintientes lograron la comprensión del Dhamma. De esta forma el Bienaventurado fue enseñando este *Sutta* durante siete días, y cada día había el mismo número de seres que comprendían el Dhamma.

Durante medio mes residió el Bienaventurado en Vesālī, pasado este tiempo informó a los nobles guerreros que había llegado la hora de partir. Entonces aquellos guerreros acompañaron al Bienaventurado, con redoblados honores, durante tres días, hasta la orilla del río Ganges.

Los nobles *nāgas*, serpientes que habitan el Ganges, pensaron entonces: “Si los humanos rinden honor al Tathāgata, ¿cómo no vamos a hacerlo nosotros?” Así pues, crearon unas naves hechas de oro, plata y piedras preciosas, y prepararon asientos labrados también de oro, plata y piedras preciosas, cubrieron el agua con lotos de cinco colores y fueron a donde se encontraba el Bienaventurado: “Concédenos la gracia de aceptar estos regalos” le dijeron. El Bienaventurado consintió, montó en una de las naves, y los quinientos bhikkhus fueron también montando en las naves respectivas. Los guerreros *nāgas* condujeron al Buddha y a los bhikkhus a las mansiones subterráneas de los *nāgas*. Durante toda la noche el Bienaventurado enseñó el Dhamma en la asamblea de los *nāgas*. Al siguiente día los *nāgas* ofrecieron una comida con manjares divinos. El Bienaventurado, habiendo correspondido a aquella amabilidad con un discurso de agradecimiento, partió de las mansiones de los *nāgas*.

Entonces las divinidades terrestres pensaron: “Si los humanos y los *nāgas* rinden honores al Bienaventurado, ¿cómo no vamos a rendirle honores nosotros?” Así pues, levantaron parasoles, unos encima de otros, en los bosques, árboles y montañas. De este modo fueron plantándolos hasta llegar a las

mansiones de los dioses *brahmā-akaniṭṭha*,¹⁷ tan gran fue el homenaje que hicieron al Buddha.

También el rey Bimbisāra, cuando llegaron los licchavis del otro lado del río, repitió sus honores, y como se ha explicado anteriormente durante cinco días estuvo conduciendo al Bienaventurado hacia Rājagaha, la ciudad capital del reino de Magadha.

Cuando el Bienaventurado llegó a Rājagaha, surgió la siguiente conversación entre los bhikkhus que se habían congregado en la sala de asambleas después de la comida de la mañana: “¡Cuán grande es el poder del Buddha! Pues cuando ha cruzado el Ganges de una orilla y de la otra, se le ha allanado el terreno para su paso en la extensión de ocho *yojanas*, y el cauce del Ganges, de un *yojana* de anchura, se ha cubierto de lotos de multicolores, y se han levantado parasoles hasta llegar a las mansiones de los dioses *akaniṭṭha*. El Bienaventurado, habiendo oído aquella charla, salió de la Sala de los Perfumes (*gandha-kuṭi*) y con un milagro adecuado a aquel momento se apareció en el asiento de honor que tenía preparado en la sala de asambleas.

Una vez sentado, el Bienaventurado se dirigió a los bhikkhus: “¿De qué trata esta charla, bhikkhus?” Los bhikkhus se lo explicaron. El Bienaventurado entonces les dijo: “Estos honores tan extraordinarios que he recibido no se deben a mi gran poder como Buddha, ni al gran poder de los *nāgas*, dioses y *brahmās*, sino a un simple acto de renuncia, hecho hace mucho tiempo.” Los bhikkhus respondieron: “Venerable señor, no sabemos a qué simple acto de renuncia os referís, por favor, que el Bienaventurado nos lo explique, de modo que comprendamos su afirmación.”

El Bienaventurado dijo: “En tiempos pasados, bhikkhus, en la ciudad de Takkhasilā, hubo un brahmán llamado Saṅkha

¹⁷ Véase nota 12.

(‘concha’). Su hijo, llamado Susīma (‘apacible’), había cumplido ya los dieciséis años, y un día fue a visitar a su padre, lo saludó reverencialmente y se sentó a su lado. El padre le dijo: «¿Qué hay, querido Susīma?» Aquél respondió: «Me gustaría, padre, ir a Bārāṇasī para recibir una educación.» «Si es así, querido» dijo el padre «ve a casa de tal brahmán, que es mi amigo, y que te dé él la instrucción en las artes.» Dicho ésto, le dió mil monedas. El hijo tomó el dinero, se despidió respetuosamente de su madre y de su padre, y en un trayecto por etapas llegó finalmente a Bārāṇasī. Siguiendo las normas de la cortesía, se aproximó al maestro, lo saludó respetuosamente y se presentó. El maestro, al conocer que se trataba del hijo de su amigo, aceptó al joven como discípulo y le hizo todos los honores. Cuando el chico se hubo recuperado de la fatiga del viaje, ofreció las mil monedas a los pies del maestro y pidió formalmente recibir la enseñanza de un oficio. El maestro aceptó y le instruyó en el oficio.”

El chico aprendía mucho, y rápido, y todo aquello que iba aprendiendo lo retenía en su memoria sin que nada se perdiera, como si se tratara de aceite de león¹⁸ vertido en un frasco de oro. Así pues, aprendió en pocos meses un arte que normalmente se tarda doce años en dominar. Pero al repasar sus conocimientos se dio cuenta de que podía comprender el principio y el medio, pero no el final. Entonces acudió a su maestro y le dijo: «De esta enseñanza entiendo el principio y el medio, pero no entiendo su final.» El maestro le respondió: «Lo mismo me pasa a mí, hijo». «Entonces, maestro, ¿quién conoce el final de este arte?» «En Isipatana, hijo mío, hay ascetas, ellos deben saberlo.»

«Voy a ir a visitar a los ascetas y se lo voy a preguntar, ¿de acuerdo, maestro?» «Adelante, hijo, pregúntales lo que quieras» respondió el maestro. El chico fue a Isipatana y visitó

¹⁸ Mítica sustancia, muy preciada.

a los buddhas solitarios, a los que preguntó si conocían el principio, medio y fin de la instrucción. «Ciertamente, hermano, los conocemos,» respondieron aquellos. «Entonces, enseñádmelos también a mí.» «Si esto es lo que quieres, hermano, debes renunciar formalmente, no es posible dar esta enseñanza a una persona que no haya renunciado.» «De acuerdo, venerable, ordenadme como renunciante, o haced conmigo lo que consideréis oportuno, con tal que me enseñéis el fin de la disciplina.» Aquellos ascetas lo ordenaron como renunciante, pero como todavía no podían encomendarle ejercicios de meditación, le enseñaron los elementos básicos de la disciplina: «así debes vestirte, así debes cubrirte...», etc.

Aquél, practicando en aquel lugar, como tenía ya las condiciones para ello, no tardó en despertar en el conocimiento de los buddhas solitarios. En toda Bārāṇasī el buddha solitario Susīma se hizo famoso, gozó de gran reputación y donativos, y de una multitud de seguidores. Y puesto que había acumulado anteriormente un karma que conducía a una vida breve, el *paccekabuddha* Susīma no tardó en extinguirse completamente. Los demás buddhas solitarios y la gente de la ciudad le hicieron las honras fúnebres al cuerpo, con la cremación y demás. Luego recogieron las reliquias de huesos y en la puerta de la ciudad construyeron un estupa.

Entonces el brahmán Saṅkha sintió el deseo de volver a ver a su hijo: «Mi hijo hace ya mucho tiempo que partió y no me ha llegado ninguna noticia suya.» Salió pues de Takkhasilā y por etapas llegó a Bārāṇasī, donde vio a una multitud de gente reunida. «Entre tanta gente tiene que haber por fuerza alguno que sepa algo de mi hijo», pensó. Se acercó a unas personas y preguntó: «Un joven llamado Susīma vino aquí, ¿saben algo de él?»

Aquellos respondieron: «Sí, brahmán, sabemos quién es. Llegó a conocer de forma integral los tres Vedas en esta ciudad, luego renunció con los buddhas solitarios hasta conver-

tirse él mismo en uno de ellos, y después se extinguió en el elemento del nirvana sin remanente. Este estupa de aquí ha sido erigido en su honor.» El brahmán cayó de rodillas y empezó a pegar puñetazos al suelo, lloró y se lamentó. Después fue a pasear por el patio de aquel templo construido en memoria de su hijo, y recogió trozos de hierba. Con su capa recogió un montón de tierra y la esparció por el patio del santuario del buddha solitario. De su cantimplora roció todo el suelo con agua, y esparció flores silvestres como signo de homenaje. De su capa hizo una bandera, que plantó allí mismo, y encima del estupa ató su propio parasol. Habiendo hecho esto, partió.”

Cuando hubo dado esta enseñanza sobre lo que ocurrió en tiempos pasados, el Buddha dio a los bhikkhus una charla sobre el Dhamma en referencia a aquella vida anterior (*jātaka*): “Debe haber entre vosotros, bhikkhus, quienes crean que sin duda el brahmán Saṅkha fue otra persona, pero no es así como se debe comprender esto. Yo mismo fui en aquel tiempo el brahmán Saṅkha, por mi fueron recogidos los trozos de hierba en el patio del santuario, y como fruto de aquella acción mis fieles han limpiado y allanado el camino a lo largo de ocho yojanas, de modo que no quedara ni una sola piedra o saliente; y yo mismo esparcí la arena en el templo del buddha solitario, y como fruto de aquella acción ellos han esparcido arena a lo largo del camino de ocho yojanas.

Fui yo quien allí hizo honores con flores silvestres, y como resultado de mi acción, los devotos han cubierto el camino de nueve *yojanas*, tanto por tierra como por agua, de una alfombra de flores de muchas clases y colores. Fui yo quien roció la tierra con el agua de mi cantimplora, y como resultado de mi acción llovió en Vesālī una lluvia-loto. Fui yo quien planté la bandera en aquel *cetiya*, y ató en su cumbre el parasol, y como resultado de mi acción se han plantado banderas hasta los reinos celestiales de los *akaniṭṭha*, y se han

levantado parasoles, unos encima de otros. De modo, bhikkhus, que esto es resultado de un homenaje concreto que yo hice en el pasado, no es el resultado del gran poder de un buddha, ni el resultado del gran poder de un *nāga*, dios o *brahmā*, sino que se ha producido por el efecto de un simple acto de renuncia.

Al final de su charla sobre el Dhamma, el Bienaventurado recitó estos versos:

mattāsukhapariccāgā |
passe ce vipulaṃ sukhaṃ ||
caje mattāsukhaṃ dhīro |
sampassaṃ vipulaṃ sukhaṃ ti || ||

Aunque la renuncia conlleve cierto dolor,
redundará en una inmensa bienaventuranza.
Aun con dolor, el sabio renuncia,
y contempla así una inmensa bienaventuranza.¹⁹

fin

¹⁹ *Dhammapada* § 290.

Kabbasetu

CENTRE D'ESTUDIS BUDDHISTES

+34 695 978 766 • Martorell, BCN

www.kabbasetu.com